

EL BIOMBO

Es casi medianoche y Pedrito permanece aún despierto. Detrás del biombo aguarda el regreso de la madre. La habitación está a oscuras, pero él no tiene miedo de la oscuridad. El biombo divide la habitación en dos compartimentos. Del otro lado, la zona de la madre: lecho labrado en caoba de Barinas, espejo ovalado roto en una esquina, perfumes, collares, ceniceros, zapatos rojos de tacones puntiagudos. Y en la comarca de Pedrito: afiche del pájaro loco, cuadernos rayados en azul, cama de hierro y un guante de béisbol.

Desnudo, Pedrito se estira bajo la colcha, alarga sus manos en dirección al techo, flota y se eleva, alto, muy alto, arriba, muy arriba, y se deja venir suave como un planeador. Luego gira imitando los movimientos de un trompo, agita los brazos y su cuerpo ligero se desliza hacia un territorio desolado, sin árboles, sin viento, cubierto de hielo e iluminado por luces frías filtradas por la neblina. El ruido de un auto que se estaciona allá afuera lo saca de su ensueño. Un portazo y el zumbido del auto que se aleja horadando las tinieblas anuncian la entrada de la madre.

Un aroma de flores podridas impregna el aire de la habitación. La luz tenue de la lámpara proyecta en las paredes y en el techo sombras vacilantes, y acentúa las diferencias entre aquel par de estancias familiares. No obstante, la comarca de

Pedrito no permanece aislada: un pequeño agujero perforado en la superficie del biombo permite a la mirada el acceso a ciertos misterios, ritos, ceremonias indescifrables —que el tiempo y la desilusión habrán de reducir a simples pantomimas.

Pedrito acerca su ojo izquierdo al agujero y el paisaje que alcanza a vislumbrar se corresponde con el escenario de algún sueño. La mujer ha comenzado a despojarse de sus vestiduras, su cuerpo malva pálido se revela gradualmente entre aquella maraña de telas coloridas que parecen sofocarla. Libre de prendas inútiles, desnuda como un pez, se suelta la cabellera. Frente al espejo de la peinadora escruta su rostro cansado. Luego se voltea, enciende un cigarrillo y fuma pausadamente. Un leve movimiento, tan leve que podría pasar inadvertido, recorre la superficie del biombo. La mujer permanece erguida, adopta una pose como de alerta. De espaldas al espejo su cuerpo brilla y se estremece. Resuelta, avanza un paso como si se dispusiera a dar inicio a una danza feroz. No obstante, se sofrena. Sus manos largas, de huesos afilados, rematadas en medialunas rojas, acarician los senos, resbalan por el vientre y se posan como aves fatigadas en el bosquecito enano del sexo. El biombo se agita. Y ahora sí, la mujer se lanza a bailar, baila y baila, se celebra a sí misma como la última sacerdotisa de algún culto lunar. ¿Tararea una obscena canción de cuna? No lo sabemos. Pedrito tampoco lo sabe: aturdido se desliza en un sueño de Simbad. Como un marinero borracho, aferrado al mástil de una galera, sólo escucha el rugido de la tormenta. La endeble embarcación se balancea sobre un mar encrespado, batida por vientos malignos que amenazan arrancar la arboladura y resquebrajar la estructura del maderamen.

...Allá en el horizonte, recortada contra el cielo turbio brilla una antorcha, ¿un faro? Pedrito, guiado por aquella luz, esquivando islas rocosas, cantos de sirenas y sobresaltos del corazón logra al fin conducir su barquito hasta una playa tranquila en la cual flotan pedazos de pájaros, palmeras secas y un enorme pez de ojos brillantes envuelto en láminas de obsidiana.

OTRAS LÍNEAS

A José Balza

Aquella otra tarde fue el descubrimiento de líneas azules sobre una superficie blanca. Hoy, Morelita se ha empinado, le ha puesto nombre a sus muñecas, y comienza con asombro a descifrar el sentido de los jeroglíficos. Salvo algún ligero cambio en la disposición de los muebles, el escenario permanece igual que antes. Se presume que los personajes son también los mismos, al menos así lo exige la simetría del relato.

En este instante asistimos a una ceremonia de despedida. El padre levanta a la niña hasta la altura de su hombro y le susurra al oído palabras de miel. Luego le besa los párpados, las mejillas y el cabello —tal vez con un énfasis exagerado—. Ahora abraza a la madre, muy estrechamente, durante un espacio de tiempo que a Morelita se le hace interminable. Corbata azul desanudada y dejando tras de sí un rastro de lavanda, se introduce en el ascensor balanceando la maleta de cuero y el maletín negro. Todavía desde el balcón podrán ver la silueta del auto disolverse allá abajo entre los árboles moteados por las luces del atardecer.

La madre se desplaza hasta la mesita del teléfono; con la mano izquierda levanta el auricular y con el índice manchado de nicotina va discando los números, lentamente, como si una voz muy lejana se los fuese dictando. Morelita busca refugio en sus creyones; las rayas se cruzan, se enredan, giran

como burbujas, poco a poco van descubriendo una casa amarilla con chimenea oscura y un pájaro con las alas abiertas que cubren la casa y más arriba un barquito anclado en un lago azul. A ratos abandona el dibujo, y su mirada de animalito asustado sigue los movimientos nerviosos de la madre, que taconeando sobre las baldosas relucientes de la sala, baja las persianas, gradúa la intensidad de la luz, se arregla las uñas, vacía un cenicero, cambia de posición algún adorno, otra vez lo acomoda como antes, alisa un pliegue imaginario de su falda. A las siete repica el teléfono, media hora después el timbre de la puerta.

El hombre entra sonriente y con una mirada en abanico inspecciona el terreno. Se acerca a Morelita y le entrega un paquete envuelto en papel de seda y adornado con un lacito dorado. Encerrada en su cuarto, Morelita se contempla en las pupilas profundas, color ámbar, de la nueva muñeca; y aquel intercambio de miradas le produce una extraña sensación de desamparo —como si la empujasen a caminar a través de un corredor oscuro y estrecho, sin ventanas—. Su madre la procura, y sin mucho entusiasmo acude al llamado. Cena frugalmente, no por falta de apetito, más bien con la intención de abreviar el instante del regreso. Se levanta y atraviesa la sala en dirección a su aposento. A mitad de camino el hombre la detiene con un gesto cariñoso, le acaricia el cabello, y comienza a contarle la historia de un príncipe que acostumbraba salir de cacería acompañado por tres perros y un halcón. La llegada de la madre interrumpe el relato, y Morelita, a paso ligero vuelve a su habitación.

Cierra la puerta, se desnuda y se pone el pijama de conejitos. Sube a la cama y permanece inmóvil, boca arriba, fija la mirada en alguna mancha imperceptible del techo. Cambia de

posición, se aovilla y se queda dormida abrazada a la muñeca. No sueña, pero se agita como si soñara. A una hora imprecisa de la madrugada despierta sorprendida de su propio silencio. Aguarda un instante, afina el oído: los jadeos ansiosos de su madre le llegan a través de la pared, nítidos, inconfundibles. Tiene miedo de llorar y aparta la muñeca, como a un gusano, con asco.